

# LA ESPINGARDA,

PERIÓDICO LITERARIO, DE ANUNCIOS Y NOTICIAS.

Se publica los Martes Jueves y Domingos, de cada semana. Precio de suscripcion: dentro la capital por un mes 4 reales y 5 fuera de ella franco de porte. A los señores suscritores se les admitirán los anuncios *Gratis*, siempre que estos no excedan de seis líneas. Se suscribe en esta capital en la imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterias número 7.

## FISIOLOGÍA

DE LOS

### caminos de hierro en Francia.

#### -LA TERCERA CLASE.-

(Conclusion.)

Los piés van secos, la cabeza preservada del frio, no penetra el viento y con tal que se tengan compañeros de viaje medianamente políticos, y que no se vaya al lado de un fumador que en cada estacion encienda la pipa, ni de un auverniano que se almuerce una salchicha con ajos, ni de un borracho que tenga mal vino, ni de un gascon y un normando que disputan el uno por abrir á cada instante la ventana y el otro por cerrarla, y que no vaya en vuestro wagon más que una docena de soldados de caballería é infantería, una media docena de nodrizas con sus crias; treinta mujeres en los cincuenta viajeros, y que cada una no lleve más que tres canastos y cuatro paquetes, y que los porqueros y pastores, si es que van algunos, no hayan hecho entrar con ellos á sus perros enlodados, se puede uno tener por feliz, sobre todo si no es condenado á llevar en paciencia su felicidad por mucho tiempo.

Acabo de indicar algunos de los inconvenientes que se tocan en los wagones de tercera clase, tales como los borrachos, los fumadores, las nodrizas con sus niños de lactancia, los gascones que peroran, los auvernianos que se desayunan y las mujeres con sus canastos.

Tal vez se me dirá que el reglamento, que es la carta de los ferro-carriles, debe prevenir la mayor parte de estos abusos.

En hora buena: pero ¿quién no sabe que las leyes entre nosotros se parecen á las barreras, que escitan á los niños á saltarlas?

En el interior de cada wagon se lee esta inscripcion: «Está prohibido fumar en los wagones.»

Yo creo que esta prohibicion ha sido escrita en

los de tercera clase para agregar al placer que ordinariamente experimentan los fumadores, la satisfaccion de disfrutar un placer prohibido.

Fúmase delante de esta inscripcion prohibitiva, como en tiempo de Luis XIII se batian delante del edicto que decretaba la pena de muerte contra los duelistas.

Si alguno se opone, hay que hacer una distincion: segun que aquel que presente la objecion, use blusa, ó paletot, gorra ó sombrero, así es ó no atendida.

Entre los viajeros de la tercera clase la blusa reina y gobierna; está en sus dominios.

Esto me lleva á tratar de la gente que vá en los wagones de tercera clase.

Estos son los carruajes de los jornaleros, de los obreros que vuelven á sus casas cuando la grande rueda del trabajo se pára en París, de los soldados licenciados, de las nodrizas, de los comisionados que van á proponer los artículos de la capital, de los pequeños mercaderes, de los curas económicos cuya dotacion es demasiado reducida, y de las familias muy numerosas que tienen que tener en cuenta los gastos de traslacion.

En esta especie de colmenas humanas la sociedad está ordinariamente muy mezclada, así que hay bueno, mediano y malo.

El momento más notable en los wagones de tercera clase es el de la salida.

Aquello es no entenderse.

Estas gentes que, en su mayor parte, no se habrán visto jamás, se preguntan y se responden como si se conocieran más de veinte años.

Se cuentan recíprocamente de dónde vienen, á dónde van, lo que hacen, la clase de sus negocios, y se dan y reciben cordialmente consejos.

Es imposible haber viajado simultáneamente en los coches de primera y tercera clase sin haber comparado ese poder expansivo, esa confianza simpática que reina entre los individuos del pueblo, con esa reserva llena de frialdad, con esa desconfianza altiva de que se dan mutuamente testimonio los hombres de elevada gerarquía.

En un wagon de tercera clase la sociedad se halla al instante formada por una atraccion recí-

proca, al paso que en uno de primera hay individuos que se observan y vigilan.

El dicho irlandés *all of a row*—todos de un bando,—parece ser la division de los viajeros de la tercera clase.

El título de una comedia contemporánea, *Chacun de son côté*, es indudablemente la de los de primera.

Esta comparacion ofreceria motivo sobradísimo para graves reflexiones si fuese posible tener tiempo de reflexionar en un camino de hierro.

En vez de hacer alarde de filósofo prefiero referir á mis lectores una escena de que he sido testigo en un wagon de tercera clase viniendo de Nantes.

Ya he dicho que no siempre se encuentra excelente compañía.

Este dia teníamos varios pasantes de abogados y dos ó tres comisionados que mantenian una conversacion algun tanto demasiado festiva. Cerca de mí una tendera, á lo que creo, sumamente gruesa y que habia leído tan solo algunas páginas del papel impreso en que envolvía sus mercancías, habia entablado con uno de los dichos comisionados una discusion sobre asuntos religiosos y especialmente sobre el clero, al que trataba de la manera más indigna é inconveniente.

Esta pobre mujer era lo que en el Occidente llaman *una pataude*, ó lo que en París conocemos por un espíritu fuerte, es decir, un espíritu débil, como diría Chateaubriand.

Un eclesiástico, que por sus hábitos se conocia ser uno de esos misioneros que las órdenes mendicantes envian más allá de los mares, era el punto objetivo de esta conversacion, pues indudablemente las gesticulaciones de madama la especiera lo hacian creer así.

Ella hubiera deseado ocasionar una fuerte polémica para demostrar ante aquel escogido auditorio los profundos conocimientos que habia adquirido repasando las hojas en que envolvía sus especias.

El misionero guardaba un despiadado silencio; y este silencio exaltaba á la tendera, la mataba, la hacia salir fuera de sí.

Por último, deseando á toda costa poner término á tal mudéz, apostrofó en esta forma al misionero que leia en su breviario:

—Señor, exclamó, hace más de media hora que estoy diciendo cosas á las que un hombre de vuestro carácter debiera haber procurado responder: ¿por que causa callais tan completamente?

Estas palabras produjeron un silencio profundo en el wagon; y todo el mundo se esforzaba por oír la respuesta del eclesiástico que esperaban con avidéz.

Alzó el misionero lentamente los ojos del breviario, y mirando en seguida á su interlocutora con inefable compasion,

—Señora, le dijo, parece que habeis leído mucho la Biblia.

—He leído algunos pasajes citados por Mr. Pigault-Lebrun.

—¿Conoceis el relativo á Balaam?

—Creo que sí, señor.

—Pues bien; en él hallareis la razon de mi silencio: cuando la burra habló calló el profeta.

Dar una idea de la esplosion de risa homérica que resonó en el wagon seria cosa imposible.

La tendera *espíritu fuerte*, quedó totalmente anonadada.

No se la oyó ni vió más.

Poco despues tuve el gusto de presenciar el entusiasmo con que los pasantes de abogados y los comisionados hicieron parar el tren para llevar en triunfo al misionero.

¡Qué singular pais es el nuestro, pais en que todo se perdona al talento, y algunas veces hasta la defensa de la verdad y de la virtud!

T. por J. del C.

## AMOR-CENIZA.

Entre el amor y el vino... no hay mas que elegir que entre el dolor de cabeza ó el dolor de corazon.

Byron

Un dia, cuando jóven  
y ardiente y amoroso  
aun era el corazon, que helado siento  
latir hoy perezoso,  
nos hallamos... ¿te acuerdas, mi Celina?  
La luz de la inocencia  
fulguraban tus ojos... ¡Cuán divina  
tu faz me pareció!—De mi existencia  
el ángel te juzgué, y un «yo te adoro»  
dejé escapar con balbuciente lábio,  
que recogió tu oído  
en mi abrasado aliento sumergido.

Entónces una lágrima, tan pura  
(así me pareció) cual las que llora  
la sonrosada aurora  
en el abierto cáliz de las flores,  
rodó por tu mejilla lentamente.  
¿Fué acaso de placer?...—Mi loca mente  
por présago feliz de mis amores  
la tomó, porque ví que sonreía  
tu silencioso lábio  
y tu rostro radiaba de alegría.

Perdona si un agravio  
hallas tal vez en la memoria fria  
de aquel amor tan tierno  
que inestinguible, eterno  
le pareció á tu alma enamorada,  
que ámbos á dos tuvimos  
por amor celestial, cuando sentimos  
su primer llamarada,  
y que murió... cual mueren en el mundo

las mentiras que el hombre diviniza,  
dejando en su lugar tedio profundo  
y pálida ceniza.

«Angel siendo muger...! ¡Amor del cielo  
viviendo en este suelo  
donde nos llega el lodo á la cintura...!

¡Lágrimas de ternura  
regando la corteza  
del barro mundanal, donde los seres  
humanos, por costumbre,  
llevan el corazón en la cabeza...!

¡La rica y santa lumbre  
de celestial pasión dentro de un pecho  
raquíptico y estrecho,  
prensado en las ferradas  
ballenas de un corsé á la perezosa!  
¡Cuántas disparatadas  
y locas ilusiones!

¿No te dan risa, *cándida Celina*?  
¿no ries, como río,  
de verme tan filósofo?—Imagina  
si el caso es para ménos  
después de tanto y tanto desvarío.

Sí, te ries cual yo!

De calma llenos,

de esa bendita calma  
que de helado rocío  
recubre el corazón y baña el alma,  
hoy volvemos á hallarnos,  
y... ya lo ves! á duo nos reimos  
de aquellos tiempos en que tontos fuimos,  
de aquellos inocentes juramentos  
fugaces como el soplo de los vientos,  
que han ido no sé á dónde,  
sin duda á dónde rápidos volaron  
los de tantos amantes  
que desde Adán acá volcanizaron  
el corazón, y por extraño hechizo  
le encontraron después cual un granizo.

—Con que tu amor murió? ¿con que no tienes  
ya para mí ni un átomo del fuego  
que te inspiré?...—Qué lástima! ¡Tan luego  
cuando yo siento aun...

—Por Dios, Celina!

que manchas otra vez tu purpurina  
boca con un engaño! Apaga, apaga  
el resto de esa hoguera  
(si alguna vez ardió, lo que no creo),  
que ya mi corazón no se embriaga  
de platónico amor. De esa quimera  
ríete cual me ríe!

mírala por el prisma que la veo,  
por el prisma que tú me la enseñaste,  
y verás cómo están en un engaste,  
siendo una cosa misma,  
el sentimiento de carnal deseo  
y el volcánico amor que me juraste.

Rompe, muger, el engañoso prisma  
que aun quieres conservar ante los ojos;  
y si escuchas la voz de la conciencia,  
y sofocas ridículos antojos,

oirás cómo te dice, que el profundo  
y casto sentimiento  
que aquí llaman amor, no es de este mundo;  
que es un hermoso cuento  
de niños nada más; que el desencanto  
de esa dulce mentira cuesta llanto  
al pobre corazón que en ella fia,  
y que después la risa nos acosa  
cuando la mano al corazón llevamos  
y con placer hallamos  
un leve soplo de ceniza fría  
en vez de aquella hoguera tan hermosa.

Adios, muger! Tranquilo tu camino  
sigue y no llores nunca, porque el lloro  
marchitará tu rostro peregrino:  
conserva de tus gracias el tesoro  
para cumplir, cual debes, tu destino.  
Tu risa de inocencia  
ensaya en el espejo nuevamente,  
con esa que tú sabes honda ciencia;  
ciñe á tu erguida frente  
el candoroso velo  
con que yo la miré; víste el semblante  
de pudorosa tinta,  
y un serafín del cielo  
serás... ¡un serafín en forma humana!  
para los ciegos ojos de otro amante.

Adios!... Cuando en tus rizos una cana  
maldita mires, el disfraz de guerra  
arroja por inútil  
y muestra al fin tu corazón de tierra.  
Mas no te desesperes,  
no renuncies por eso á los placeres,  
ni te ocurra, por Dios, hacerte monja...  
¡nunca, Celina! En la revuelta lonja  
del mundo para todo hay mercaderes,  
y como son los gustos infinitos,  
es sabido y probado,  
—como luego verás por experiencia—  
que el género de amor amojamado  
á veces rivaliza en el mercado  
con el amor en salsa de inocencia.

Federico de la Vega.

## LA PALOMA DE LAS MONTAÑAS.

¿Te acuerdas? Estabas orillas del mar. Era una  
tarde de fiesta y alegría. Tus compañeras, ufanas  
con su belleza, contentas con su juventud, locas  
con su amor, se dejaban arrebatarse en el violento  
giro del baile, y entre los sonos de una música  
ligera y vaga, y el ruido de las oleadas inquietas,  
y el rumor de las arboledas movidas por el aura  
marina, solo oían los latidos del corazón apasio-  
nado, con que un pecho oprimía otro pecho.

Aquel vértigo de placer, y sus encantos irresis-  
tibles, y su tentadora fascinación, nada decían á  
mi alma, aislada en sí misma, como en medio de  
la luz del día la estrella de la esperanza.

¡La estrella de la esperanza! Entonces brillaba su claro disco sobre los arreboles del sol poniente, y mis ojos la seguían por el cielo. Llegaste tú, Ímara, á la pradera de la altura. La fiesta duraba. Encontré tu mirada, y las mias no se volvieron mas á la estrella.

Principió á cerrar la noche, y todos bajaron á las márgenes del agua.

Ímara hermosa, ¿no lo olvidaste?... Nos acercamos... Mis manos estrecharon las tuyas... Tus rizos, impelidos del aire, tocaron mi rostro. Me ví en tus pupilas, y su lumbré fué la llama de mi pensamiento, y su espresion la vida de mi deseo. Tu boca sonrió, estremecida por un sentimiento íntimo, por un gozo inexplicable, por un anhelo misterioso. Las flores cerraban bajo la niebla de las solanas su perfumada corola. Ellas no soñaban dormidas, y su hermana despierta soñaba.

Después, encontrando tu imágen celeste en la sombra de los bosques, en las rosas de la enramada, en el azul de las ondas, te hallaba sin verte, siempre estabas conmigo. Ímara, tú lo sabes... sí, porque en tus soledades has oído mi voz que te llamaba, y al moverse tus párpados, y al destrenzarse tus cabellos, y al entreabrirse tus labios, siempre ha llegado á tí mi acento, como el rocío de la oscuridad á las hojas de la azucena.

¡Ay! todo esto que pasaba en el vacío de la ausencia, cuando la brisa de tus montañas venía á estos tristes páramos á recoger mis suspiros enamorados, para que el eco te los repitiera en el sombrío de tus jardines, todo esto, Ímara, ídolo de mi alma, fuego de mi existencia, todo esto se acaba, cuando llegas donde yo estaba, donde estoy y no te veo... ¿Qué tinieblas ocultan la luz?... ¿Qué estruendo apagó la voz del ángel?

Ímara mia, astro de mi gloria, esencia de mi corazón, eco de mis palabras, ¿hay olvido ni poder que rompa el lazo que unia nuestros seres?... Vuelve á mí... Yo vivía de tu vida... Ímara, ¿por qué dejó la paloma sus montes y sus breñas?... ¿Por qué no teme que los abrasados horizontes quemén sus alas inmaculadas?...

Ímara, en tus montañas te veía sin verte; porque la espresion de tus ojos era la vida de mi deseo, y el fuego de mi pensamiento la pura llama que los animaba... Aquí pasaste, y estás á mi lado y no te encuentro. ¡Ímara mia! en este cielo no se descubre la estrella de la esperanza!...

*José María de Albuérne.*

## CRÓNICA LOCAL.

Como teníamos anunciado, el sábado y domingo últimos tuvo lugar en nuestro teatro, la ópera buffa en tres actos del maestro De-Ciosa: *D. Chec-*

*co*. Distinguiéronse en su ejecución, que fué bastante regular, la Sra. Fossa de Ferrer que cantó la parte de *Fiorina* con precision y agilidad, el Señor Silvestroni que comprende los papeles de amante tímido y sencillo como el de *Carletto*, y el Sr. Carapía que es recibido siempre al presentarse en la escena en dicha ópera con nutridísimos y prolongados aplausos. Efectivamente en la parte del protagonista se coloca á la altura de los caricatos mas renombrados, pues sabe caracterizarse de tal modo que nos parece estar viendo el verdadero famélico y vergonzante caballero de industria.

Dichos artistas merecieron el honor de ser llamados al palco escénico al final del primer acto entre los mas estrepitosos aplausos.

El Sr. Monzani desempeñó la parte de *Bartolaccio* bastante bien. Parece ser un estudioso artista. Como dijimos la primera vez que nos ocupamos de él, posee una voz mas de barítono que de bajo. De todos modos, creemos que la empresa ha hecho bastante buena adquisicion con dicho Señor.

Los coros, salva alguna que otra falta, bien. La orquesta continua mejorando.

Tocan á su término las obras de pintura y demás del local destinado para la sociedad *Circo Gerundense*. Parece que á primeros del entrante mes tendrá lugar la solemne apertura del mismo. Sabemos que se cantará un himno el día de la misma, música de nuestro patricio el Maestro Don Juan Carreras y letra del modesto literato y Catedrático de este Instituto, D. Francisco Detrell. Se ha invitado asimismo á vários poetas de esta Capital para escribir algunas composiciones con el mismo objeto.

Creemos que será solemne y escogida la apertura de dicho *Circo*, si hemos de juzgar por los preparativos que se advierten.

## SECCION DE ANUNCIOS.

### TEATRO DE LA REINA.

FUNCION 4.<sup>a</sup> DE ABONO PARA HOY 23 DE LOS CORRIENTES.

Se pondrá en escena la ópera buffa en 3 actos música del maestro Donizetti, titulada:

ELISIR D' AMORE.

Entrada general 3 reales.

Idem por la calle del Teatro 2 id.

A las 8 en punto.

EDITOR RESPONSABLE, JUAN FERRER.

GERONA: Imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 3.—1861.